

Paidós Básica

Últimos títulos publicados:

11. E. Jaques - *La forma del tiempo*
12. L. A. White - *Tecnología medieval y cambio social*
13. C. G. Hempel - *La explicación científica*
14. P. Honigsheim - *Max Weber*
15. R. D. Laing y D. G. Cooper - *Razón y violencia*
16. C. K. Ogden e I. A. Richards - *El significado del significado*
17. D. I. Slobin - *Introducción a la psicolingüística*
18. M. Deutsch y R. M. Krauss - *Teorías en psicología social*
19. H. Gerth y C. Wright Mills - *Carácter y estructura social*
20. C. L. Stevenson - *Ética y lenguaje*
21. A. A. Moles - *Sociodinámica de la cultura*
22. C. S. Nino - *Ética y derechos humanos*
23. G. Deleuze y F. Guattari - *El Anti-Edipo*
24. G. S. Kirk - *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*
25. K. W. Deutsch - *Los nervios del gobierno*
26. M. Mead - *Educación y cultura en Nueva Guinea*
27. K. Lorenz - *Fundamentos de la etología*
28. C. Clark - *La identidad del hombre*
29. J. Kogan - *Filosofía de la imaginación*
30. G. S. Kirk - *Los poemas de Homero*
31. M. Austin y P. Vidal-Naquet - *Economía y sociedad en la antigua Grecia*
32. B. Russell - *Introducción a la filosofía matemática*
33. G. Duby - *Europa en la Edad Media*
34. C. Lévi-Strauss - *La alfarera celosa*
35. J. W. Vander Zanden - *Manual de psicología social*
36. J. Piaget y otros - *Construcción y validación de las teorías científicas*
37. S. J. Taylor y R. Bogdan - *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*
38. H. M. Feinstein - *La formación de William James*
39. H. Gardner - *Arte, mente y cerebro*
40. W. H. Newton-Smith - *La racionalidad de la ciencia*
41. C. Lévi-Strauss - *Antropología estructural*
42. L. Festinger y D. Katz - *Los métodos de investigación en las ciencias sociales*
43. R. Arrillaga Torrens - *La naturaleza del conocer*
44. M. Mead - *Experiencias personales y científicas de una antropóloga*
45. C. Lévi-Strauss - *Tristes trópicos*
46. G. Deleuze - *Lógica del sentido*
47. R. Wuthnow - *Análisis cultural*
48. G. Deleuze - *El pliegue*
49. R. Rorty, J. B. Schneewind y Q. Skinner - *La filosofía en la historia*
50. J. Le Goff - *Pensar la historia*
51. J. Le Goff - *El orden de la memoria*
52. S. Toulmin y J. Goodfield - *El descubrimiento del tiempo*
53. P. Bourdieu - *La ontología política de Martin Heidegger*
54. R. Rorty - *Contingencia, ironía y solidaridad*
55. M. Cruz - *Filosofía de la historia*
56. M. Blanchot - *El espacio literario*
57. T. Todorov - *Crítica de la crítica*
58. H. White - *El contenido de la forma*
59. F. Rella - *El silencio y las palabras*
60. T. Todorov - *Las morales de la historia*
61. R. Koselleck - *Futuro pasado*

Reinhart Koselleck

Futuro pasado

Para una semántica
de los tiempos históricos



ediciones
PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

1993

II

HISTORIA MAGISTRA VITAE

Sobre la disolución del *topos*
en el horizonte de la
agitada historia moderna

There is a history in all men's lives
Figuring the nature of the times deceased;
The which observed, a man may prophesy,
With a near aim, of the main chance of things
As yet not come to life, which in their seeds
And weak beginnings lie intreasured.

Shakespeare

Friedrich von Raumer, conocido como historiador de la dinastía de los Hohenstaufen, nos informa en 1811, siendo aún secretario de Hardenberg, del siguiente episodio: *En una reunión de consejo celebrada en Charlottenburg, defendía enérgicamente Oelssen [jefe de sección del Ministerio de Finanzas] el libramiento de muchos billetes para poder pagar las deudas. Una vez que no produjeron efecto las razones en contra, dije yo (conociendo a mi hombre) con un atrevimiento desmesurado: «Señor consejero, usted recordará que ya cuenta Tucídides qué grandes males se originaron porque Atenas había fabricado demasiados billetes». «Esta experiencia —repuso con aprobación—, es sin duda de la mayor importancia», y así se dejó convencer para mantener la apariencia de erudición.*¹

En el acalorado debate sobre la amortización de la deuda prusiana Raumer se buscó una mentira, pues él sabía que en la antigüedad no se conocían los billetes. Pero arriesgó su mentira porque —apelando a la formación académica de su oponente— había calculado su efecto. Ese efecto no se basaba en otra cosa que en la fuerza de la autoridad del antiguo *topos* de que la *Historie* es la maestra de la

1. Friedrich von Raumer: *Erinnerungen*, Leipzig, 1861, I, pág. 118.

de la vida. Esta fórmula, no un argumento objetivo, dobló al consejero. *Historia magistra vitae*.

En lo que no podemos llegar a saber por nosotros mismos, tenemos que seguir la experiencia de otros, se dice en el gran diccionario universal de Zedler en 1735;² la *Historie* sería una especie de receptáculo de múltiples experiencias ajenas de las que podemos apropiarnos estudiándolas; o, por decirlo como un antiguo, la *Historie* nos libera de repetir las consecuencias del pasado en vez de incurrir actualmente en faltas anteriores.³ Así, la *Historie* hizo las veces de escuela durante cerca de dos milenios, para aprender sin perjuicio.

Aplicando el *topos* a nuestro ejemplo, ¿qué enseña el episodio de Charlottenburg? En virtud de su arte para argumentar, remitió Rauter a su colega a un espacio de experiencia supuestamente continuo, que él mismo había ignorado irónicamente. La escena pone de manifiesto el continuo papel de la *Historie* como maestra de la vida pero, también, lo cuestionable que había llegado a ser ese papel.

Antes de aclarar la cuestión de en qué medida se ha disuelto el antiguo *topos* en la agitada historia moderna, es precisa una ojeada retrospectiva a su durabilidad. Perduró casi ininterrumpidamente hasta el siglo XVIII. Hasta ahora falta una exposición de todas las locuciones que han conferido a la expresión de la *Historie* su comprensibilidad. Así, falta una historia de la fórmula *historia magistra vitae*, dado que lo que se quiere decir con ella al menos ha guiado durante los siglos la autocomprensión de los historiadores, cuando no su producción. A pesar de la identidad verbal, el valor de nuestra fórmula fluctuó considerablemente en el curso del tiempo. En más de una ocasión, precisamente la historiografía desautorizó el *topos* como una fórmula ciega que sólo seguía dominando en los prólogos. De este modo es aún más difícil aclarar la diferencia que ha dominado siempre entre la mera utilización del lugar común y su efectividad práctica. Pero, pasando por alto este problema, la longevidad de nuestro *topos* es en sí misma suficientemente interesante. En primer lugar, se basa en su elasticidad, que permite los más variados argumentos. Indicaremos cómo dos contemporáneos empleaban las *Historien* como ejemplos: Montaigne pretendía de ellas aproximadamente lo contrario de lo que se proponía Bodin. Para aquél las *Historien* mostraban cómo derrocar cualquier generalización; para éste ser-

2. Johann Heinrich Zedler: *Grosses Vollständiges Universal-Lexikon aller Wissenschaften und Künste*, Halle y Leipzig, vol. 13, pág. 281 sigs.

3. Diodoros Siculus: *Bibliotheca Historica* (edit. por F. Vogel), Leipzig, 1883, I, c. 1.

vían para encontrar reglas generales.⁴ Pero ambos ofrecieron *Historien* como ejemplos para la vida. La aplicación es, pues, formal; como dice una cita: *De la historia puede deducirse todo*.⁵

Sea cual sea la doctrina que guarde relación con nuestra fórmula, hay algo que indica su uso en cualquier caso. Remite a una comprensión general de las posibilidades humanas en un continuo universal de la historia. La *Historie* puede enseñar a los contemporáneos o a las generaciones posteriores a ser más inteligentes o relativamente mejores, pero sólo si los presupuestos para ello son básicamente iguales, y mientras lo sean. Hasta el siglo XVIII el uso de nuestra expresión sigue siendo un indicio infalible para la admitida constancia de la naturaleza humana, cuyas historias son útiles como medios demostrativos repetibles en doctrinas morales, teológicas, jurídicas o políticas. Pero, igualmente, la transmisibilidad de nuestro *topos* se apoya sobre una constancia factual de aquellos datos previos que permitirían una similitud potencial entre acontecimientos terrenos. Y cuando se efectuaba una transformación social era tan lento y a tan largo plazo que seguía vigente la utilidad de los ejemplos pasados. La estructura temporal de la historia pasada limitaba un espacio continuo de lo que es posible experimentar.

1

La expresión *historia magistra vitae* fue acuñada por Cicerón, apoyándose en ejemplos helenísticos.⁶ Se encuentra en el contexto de la retórica: sólo el orador sería capaz de conferir inmortalidad a la vida de las *Historien* instructivas, de hacer perenne su tesoro de experiencia. Además, esta expresión está vinculada a diversas metáforas que copian las tareas de la *Historie*. *Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis, qua voce alia nisi oratoris immortalitati commendatur?*⁷ La tarea rectora que

4. Véase Hugo Friedrich: *Montaigne*, Berna 1949, p. 246 sigs.; Jean Bodin: *Methodus ad facilem cognitionem historiarum*, París 1572, cap. 3.

5. Locución tomada por K. F. Wander en su *Diccionario alemán de proverbios*, Leipzig, 1867, I, 1593 de Jassoy: *Welt und Zeit* (1816-19), V, 338, 166; también III, 80: «La historia es la inagotable fuente de pueblo de la que cada cual saca el agua del ejemplo para lavar su suciedad».

6. Polibio: *Historiae* XII, c. 25 b; I, c. 35 passim. Sobre esto, Matthias Gelzer: *Kleine Schriften*, Wiesbaden, 1963, III, 115, 175 sigs. y Arnold Toynbee: *Greek Historical Thought*, Nueva York, 1952.

7. Cicerón: *De orat.* II, c. 9, 36 y c. 12, 51.

Cicerón adjudica al arte de la historia está presuntamente orientada a la praxis en la que está inmerso el orador. Se vale de la historia como colección de ejemplos *plena exemplorum est historia*⁸ para instruir mediante ellos y, por cierto, de la manera más vigorosa, igual que Tucídides remarcaba la utilidad de su obra poniendo su historia en manos del futuro como *χρημα ἐξ αἰεί*, como posesión para siempre para el conocimiento de casos similares.

El influjo de Cicerón se extendió también en la experiencia cristiana de la historia. El corpus de su obra filosófica fue catalogado con frecuencia como colección de ejemplos en las bibliotecas de los conventos y se difundió ampliamente.⁹ La posibilidad de recurrir literalmente a la locución estaba presente en todo momento, también cuando la autoridad de la Biblia en los padres de la Iglesia originaba al principio cierta resistencia frente a la pagana *historia magistra*. En su compendio etimológico, ampliamente difundido, Isidoro de Sevilla ha apreciado repetidamente el escrito *De oratore* de Cicerón, pero ha suprimido específicamente la expresión *historia magistra vitae* en sus definiciones de la historia. No puso en un apuro pequeño a los apologetas del cristianismo al transmitir como modélicos acontecimientos computados en la historia profana e incluso paganos.¹⁰ Una *Historie* de este tipo, pésimo ejemplo para reivindicarla como maestra de la vida, trata de la capacidad de transformación de la historiografía eclesial. Sin embargo, Isidoro también concedía —algo furtivamente— un efecto educativo a las *Historien* paganas.¹¹ Y así, Beda justificó conscientemente las historias profanas porque también ellas proporcionaban escarmientos o ejemplos dignos de ser imitados.¹² Ambos clérigos han contribuido, por su gran influencia,

8. Cicerón: *De div.* I, 50. Sobre esto, Karl Keuck: *Historia, Geschichte des Wortes und seiner Bedeutungen in der Antike und in den romanischen Sprachen*, tesis doctoral, Münster, 1934.

9. Manitius: *Gesch. d. Lit. des lat. Mittelalters*, Munich 1911, 478 sigs.; Zielinski: *Cicero im Wandel der Jahrhunderte*, Leipzig-Berlín, 1908; Philippson: *Cicero* (Pauly-Wissowa, RE VII A 1).

10. Jacques Fontaine: *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, París, 1959, I, pág. 174 sigs.

11. Isidoro de Sevilla: *Etymologiarium sive originum*, libri XX (comp. W. M. Lindsay, Oxford, 1957, 2 vols.) I, 43: «Historiae gentium non impediunt legentibus in his quae utilia dixerunt. Multi enim sapientes praeterita hominum gesta ad institutionem praesentium historiis indiderunt». Véase Hugo Friedrich: *Die Rechtsmetaphysik der Göttlichen Komödie*, Frankfurt, 1942, donde se indica que Gregorio el Grande había vuelto a permitir expresamente *exempla* paganos, pág. 36.

12. Beda: *Historia ecclesiastica gentis anglorum*, comp. por A. Holder, Friburgo-Tubinga, 1882, proemio: «sive enim historia de bonis bona referat, ad imitandum bo-

a que haya conservado su lugar de forma continua, aunque subordinada, el motivo de la utilidad de la historia profana junto a la *Historie* fundada religiosamente y considerada superior.

También Melanchton utiliza la duplicación de que tanto las *Historien* bíblicas como las paganas proporcionan ejemplos para la transformación en la tierra, así como que ambas remiten a la providencia de Dios, aunque de forma diferente.¹³ La concepción que data de la antigüedad acerca de lo que debe proporcionar el arte de escribir historia permaneció vinculada a la experiencia religiosa de la historia, situada en el horizonte de la esperanza de salvación. Pero también el esquema lineal de las prefiguraciones bíblicas y de sus realizaciones —hasta Bossuet— no sobrepasaba el marco dentro del cual había que instruirse para el futuro desde el pasado.

Con la sublimación de las esperanzas sobre los últimos tiempos volvió a abrirse paso la historia antigua como maestra. Con la exigencia de Maquiavelo, no sólo de admirar a los mayores, sino también de tomarlos como modelo,¹⁴ confirió su actualidad a la intención de conseguir continuas utilidades para la *Historie*, porque había unido el pensamiento ejemplar y el empírico en una nueva unidad. Bodin puso en el frente de su «Methodus ad facilem historiarum cognitionem» el *topos* de Cicerón: le corresponde el rango más elevado porque remite a las leyes sagradas de la historia, en virtud de las cuales los hombres podrían conocer su presente e iluminar el futuro, y no pensando teológicamente sino de forma práctico-política.¹⁵ Sería fatigoso enumerar individualmente la repetición constante¹⁶ o la

num auditor sollicitus instigatur; seu mala commemoret de pravis, nihilominus religiosus ac pius auditor sive lector devitando, quod noxium est et perversum, ipse sollicitus ad exsequenda ea, quae bona ac digna esse cognoverit, accenditur». Véase, H. Beumann: «Widukind von Korvey als Geschichtsschreiber», y Herbert Grundmann: «Eigenart mittelalterlicher Geschichtsanschauung», en *Geschichtsdenken und Geschichtsbild im Mittelalter*, Darmstadt 1961, 143 sigs. y 430 sigs.

13. Véanse los ejemplos en Adalbert Klempt: *Die Säkularisierung der universal-historischen Auffassung*, Gottinga, 1960, pág. 21 sigs., pág. 142. Para Lutero véase H. Zahn: *Luther deutet Geschichte*, Munich, 1952, pág. 16 sigs., con muchos ejemplos.

14. Niccolò Machiavelli: *Discorsi*, comp. por Giuliano Procacci, Milán, 1960, Libro primo, Proemio, pág. 123 sigs.

15. Jean Bodin: *La methode de l'Histoire*, trad. franc. de Pierre Mesnard, París, 1941, XXXVIII, 14, 30, 139 passim.

16. Véase el *Lexicon Juridicum* de J. Kahl publicado en múltiples ediciones: «Historia propria earum rerum, quibus gerendis interfuit is, qui enarrat... Historias autem rerum gestarum ab initio mundi, Deus optimus Maximus ob eam rem describi voluit, ut exemplis tandem omnium seculorum ob oculos novis formam exponeret, se-

ornamentación barroca¹⁷ de este principio hasta los ilustrados tardíos, como hace Mably.¹⁸ Desde las fórmulas patéticas como *futurorum magistra temporum*¹⁹ hasta las serenas prescripciones de imitación, nuestro *topos* se encuentra de diversas formas en las *Historien* y en los historiadores.

Así, escribe Lengnich, un historiógrafo de Danzig, que la historia nos hace saber todo aquello *que podría ser usado de nuevo en una ocasión similar*.²⁰ O, citando a un hombre menos conocido, el teniente general barón von Hardenberg: indicó al preceptor de su conocido hijo que no se dedicara a hechos desnudos. Pues *en general, se perciben como iguales todos los hechos pasados y actuales; y su conocimiento es en su mayor parte superfluo, siendo en cambio de gran utilidad si se reviste ese esqueleto con su carne correspondiente y se le muestra a un joven lo que motiva las principales transformaciones y a través de qué clase de consejos o medios se consiguieron estos o aquellos fines o por qué se fracasó y de qué tipo fue el fracaso; de este modo se predica al entendimiento más que a la memoria; la historia se hace más agradable e interesante para el alumno, instruyéndole, sin que se dé cuenta, tanto en la inteligencia privada como en la pública y enseñándole de esta manera las artes belli ac pacis*.²¹ Este último testimonio, citado de un padre preocupado por la correcta educación de su hijo, es tan significativo porque en él coinciden de nuevo las expectativas pedagógicas de un tiempo ilustrado con la tarea usual de la *Historie*.

cundum quam delabascante Reipublicae statu feliciter reparando deliberaremus» (comp. por Jac. Stoer, 1615, pág. 525). O G. A. Viperano: *De scribenda Historia*, Antwerpen, 1569: Es tarea del historiador «res gestas narrare, quae sint agendarum exempla».

17. J. H. Alsted: *Scientiarum omnium Encyclopaediae*, vol. IV, libro 32, *exhibens Historicam* (Lugduni 1649). «Historica est disciplina composita de bono practico obtinendo ex historia... Historia est Theatrum universitatis rerum, speculum temporis, thesaurus demonstrationis, oculus sapientiae, speculum vanitatis, imbecillitatis et stultitiae, principium prudentiae, custos et praeco virtutum, testis malitiae ac improbitatis, vates veritatis, sapientiae metropolis, et thesaurus ad omnem posterioritatem, seu ktema eis aei...» (pág. 25 sigs.)

18. De Mably: *De l'étude de l'histoire*, París 1778, cap. 1, donde se recomienda la lectura de Plutarco para que el soberano pueda elegir su ejemplo.

19. Franz Wagner, cit. por Peter Moraw: «Kaiser und Geschichtsschreiber um 1700», en: *Welt als Geschichte*, 1963, 2, 130.

20. Cit. por Theodor Schieder en *Deutscher Geist und ständische Freiheit*, Königsberg, 1940, pág. 149.

21. Cit. por Hans Hausscherr: *Hardenberg, eine polit. Biographie*, parte I, (comp. por K. E. Born), Colonia y Graz 1963, pág. 30 sig.

Sin perjuicio de la autocrítica historiográfica, no es poco el valor que debe atribuirse a la capacidad instructiva de la literatura histórico-política en el principio de la modernidad.²² Con todo, de deducciones históricas dependen pleitos; la eternidad relativa que en aquel tiempo era propia del derecho, se correspondía con una *Historie* que se sabía vinculada a una naturaleza siempre invariable, y a su repetibilidad. El continuo refinamiento de la política del momento se reflejaba en la reflexión propia de la literatura de memorias y en los informes comerciales de las legaciones. Pero permanecía capturada en cameralismos y estadísticas, en la *Historie* del espacio. Es algo más que un simple *topos* tradicional lo que cita continuamente Federico el Grande en sus Memorias: la *Historie* es la escuela del soberano, comenzando por Tucídides hasta Comynes, el cardenal Retz o Colbert. Mediante una comparación continua entre casos anteriores fortaleció su capacidad de combinación. Finalmente se refiere a su «política inmoral», explicándola, no disculpándola, con innumerables ejemplos desde los que las reglas de la razón de Estado lo habían dirigido en su acción política.²³

Ciertamente, la autoironía y la resignación estaban mezcladas cuando el viejo Federico afirmaba que las escenas de la historia mundial se repetían y sólo sería necesario intercambiar los nombres.²⁴ En esta sentencia puede verse, incluso, una secularización del pensamiento figurativo —con seguridad, la tesis de la repetibilidad y también de la capacidad de ser aprendida que tiene la experiencia histórica seguía siendo un momento de la propia experiencia—. El pro-

22. Abraham de Wicquefort, cuya obra *L'Ambassadeur et ses fonctions* fue publicada muchas veces, exigía «la principale estude de ceux, qui pretendent se faire employer aux Ambassades, doit estre l'Histoire» (Amsterdam, 1746, I, pág. 80) y aún nombra a Tácito y a Comynes como maestros de igual talla para los diplomáticos. Véase también Victor Pöschls: *Einleitug zu Tacitus' Historien*, Stuttgart, 1959, trad. alemana VII s. J. Ch. de Folard tradujo (París, 1727 sigs.) la «Histoire de Polybe» y le añadió un comentario de carácter científico-militar para su propio tiempo cuya significación valoró tanto Federico II que hizo publicar un compendio traducido al alemán.

23. Frédéric le Grand: *Oeuvres*, Berlín, 1846, vol. 2, prólogo de 1746 para *Hist. de mon temps*, XIII sigs.

24. *Ibid.* II, 34 de la *Histoire de mon temps* en la edición de 1775: «Quiconque vent lire l'histoire avec application, s'apercevra que les mêmes scènes se reproduisent souvent, et qu'il n'y a qu'à y changer le nom des acteurs». Para esto véase Gottfried Arnold: *Wahres Christentum Altes Testaments*, 1707, pág. 165: «En el mundo se representa siempre una misma comedia o tragedia, sólo que siempre son personas distintas las que están en ella». Federico sacó pronto la conclusión de que, por eso, era mejor perseguir la historia de los descubrimientos de las verdades y el progreso en la ilustración de los espíritus (*op. cit.*).

nóstico de Federico sobre la Revolución francesa da testimonio de ello.²⁵ En el espacio abarcable por las repúblicas soberanas europeas, con los cuerpos políticos que residen en ellas y su ordenamiento constitucional, el papel magistral de la *Historie* era al mismo tiempo garantía y síntoma para la continuidad que fusionaba el pasado con el futuro.

Naturalmente, había objeciones contra la máxima de que se puede aprender de la *Historie*. Sea como Guiccardini, que sostenía —como Aristóteles— que el futuro era siempre incierto, con lo que se le negaba a la *Historie* su contenido previsible.²⁶ Sea como Gracián, que afirmaba ciertamente la previsibilidad desde el pensamiento circular, pero vaciándola y haciéndola, finalmente, superflua por el carácter inevitable que es inherente a este concepto.²⁷ Sea como el viejo Federico mismo, que concluyó sus Memorias de la guerra de los siete años discutiendo el carácter instructivo de todos los ejemplos: *Pues es una propiedad del espíritu humano el que los ejemplos no mejoren a nadie. Las necesidades de los padres se han perdido para los hijos; cada generación debe cometer las suyas propias.*²⁸

Ciertamente, la actitud escéptica fundamental de la que se alimentaban tales posturas no ha destruido, por ello, el peculiar contenido de verdad de nuestra fórmula, porque estaba enraizada en el mismo espacio de experiencia. Porque, que no se pueda aprender nada de las *Historien* sigue siendo, finalmente, una certeza de experiencia, una enseñanza histórica que puede hacer a los iniciados más agudos, más inteligentes o más sabios, por decirlo con Burckhardt.²⁹ Pues lo que es posiblemente otro elimina tan poco a lo que es siempre igual que eso otro no puede ser conceptuado como otro. *Lo que desaparece es lo determinado o la diferencia que, sea del modo que sea*

25. Ibid. *Oeuvr.* IX, pág. 166. El pronóstico se realizó en 1770 como consecuencia del *Système de la Nature* de Holbach.

26. Francesco Guiccardini: *Ricordi*, comp. por R. Palmarocchi, Bari, 1935, II, págs. 58, 110, 114, frente a esto I, pág. 114; citado aquí según la edición de E. Grassi, Berna, 1946, pág. 34 sigs. Véase también Polibio: *Hist.* V, 75, 2 y XV, 27,5.

27. Baltasar Gracián: *Criticón*, trad. alem. de H. Studniczka, Hamburgo 1957, pág. 179 sigs.

28. Frédéric le Grand: *Oeuvr.* V, pág. 233, «Histoire de la Guerre de sept ans», cap. 17: «Car c'est là le propre de l'esprit humain, que les exemples ne corrigent personne; les sottises des pères sont perdus pour les enfants; il faut que chaque génération fasse les siennes» (escrito el 17-XII-1763).

29. Jacob Burckhardt: *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, comp. por R. Stadelmann, Pfullingen, 1949, pág. 31. Para esto: Karl Löwith: *Jakob Burckhardt*, Stuttgart, 1966, págs. 19, 53, 94.

*y de donde sea, se establece como fijo e inmodificable.*³⁰ La contracorriente escéptica que aún se pudo articular en la Ilustración, bajo la presuposición de lo siempre igual, no podía poner fundamentalmente en tela de juicio el sentido de nuestro *topos*. A pesar de ello, por ese mismo tiempo fue socavado el contenido significativo de nuestra expresión. Cuando la *Historie* antigua fue derribada de su cátedra y, por cierto, no en último lugar por los ilustrados que usaron gustosamente sus enseñanzas, sucedió en el curso de un movimiento que coordinó de forma nueva el pasado y el futuro. Finalmente, era la «historia misma» la que comenzaba a abrir un nuevo espacio de experiencia. La nueva historia consiguió una cualidad temporal propia, cuyos diferentes tiempos e intervalos de experiencia cambiantes le quitaron la evidencia a un pasado ejemplar.

Ahora hay que investigar estos antecedentes de la transformación de nuestro *topos* en sus lugares sintomáticos.

2

Para caracterizar el suceso de un tiempo nuevo que despunta anticipemos una frase de Tocqueville. Tocqueville, a quien no deja descansar en toda su obra la experiencia de cómo lo moderno se sale de la continuidad de una temporalidad anterior, dijo: *Desde que el pasado ha dejado de arrojar su luz sobre el futuro, el espíritu humano anda errante en las tinieblas.*³¹ La frase de Tocqueville indica una reprobación de la experiencia cotidiana y se oculta tras un proceso de muchas capas que, en parte, se realizó invisible y furtivo, pero a veces repentino y abrupto, y por fin conscientemente impulsado.

La historia del concepto, como se intenta aquí, nos sirve como entrada para fijar estos antecedentes. Así se aclara cómo se destruyó y enajenó nuestro lugar común en toda transmisión a causa de las relaciones de sentido cambiantes. Sobre todo a partir de entonces adquiere el *topos* su propia historia: se trata de una historia que le sustrae su propia verdad.

30. G. W. F. Hegel: *Phänomenologie des Geistes*, comp. por J. Hoffmeister, Leipzig, 1949, pág. 156.

31. Alexis de Tocqueville: *De la Démocratie en Amérique*, parte 4, cap. 8; *Oeuvr. compl.*, comp. por J. P. Mayer, París, 1961, I, pág. 336: «Je remonte de siècle en siècle jusqu'à l'antiquité la plus reculée: je n'aperçois rien qui ressemble à ce qui est sous mes yeux. Le passé n'éclairait plus l'avenir, l'esprit marche dans les ténèbres». Al respecto, Hannah Arendt: *Fragwürdige Traditionsbestände*, Frankfurt, 1957, pág. 102 e ibid. *Über die Revolution*, Munich, 1963, pág. 70.

En primer lugar se realizó en el ámbito lingüístico alemán, por empezar con ello, un deslizamiento de la palabra que vació de contenido al antiguo *topos* o, al menos, lo impulsó a vaciarse de sentido. La palabra *Historie*, extranjera y nacionalizada, que se refería preferiblemente al informe o narración de lo sucedido, especialmente las ciencias históricas, fue desplazada visiblemente en el curso del siglo XVIII por la palabra *historia* [*Geschichte*].* El desplazamiento de *Historie* y el giro hacia *historia* se realizó, desde, aproximadamente 1750, con una vehemencia medible estadísticamente.³² Ahora bien, historia significa en primer lugar el acontecimiento o una secuencia de acciones efectuadas o sufridas; la expresión se refiere, más bien, al mismo acontecer que a su informe. Ciertamente, desde hace tiempo, historia incluía también el informe, como inversamente *Historie* indicaba el acontecimiento mismo.³³ Se coloreaban mutuamente. Pero por este entrelazamiento mutuo que Niebuhr quiso invalidar en vano, se formó en el alemán un centro de gravedad peculiar. La historia se cargó con más contenido al rechazar la *Historie* del uso lingüístico corriente. Cuanto más convergieron la historia como acontecimiento y como representación más se preparó lingüísticamente el cambio trascendental que condujo a la filosofía de la historia del Idealismo. La «historia» como conexión de acciones se fusionó con su conocimiento. La afirmación de Droysen de que la historia sólo es el saber de ella es el resultado de esta evolución.³⁴ Naturalmente, esta convergencia de un doble sentido modificó también el significado de una historia como *vitae magistra*.

Obviamente, la historia como acontecimiento único o como conexión universal de sucesos no podía enseñar del mismo modo que una *Historie* como informe ejemplar. Se introdujeron determinaciones eruditas del límite entre retórica, *Historie* y moral, y el uso de la palabra alemana historia alcanzó, de esta manera, nuevos modos de experiencia para la antigua fórmula. Así, para Luden el arte consiste,

* Véase la aclaración sobre el criterio de traducción de estos términos en *N. del T.* p. 8.

32. Véase W. Heinsius: *Allgemeines Bücherlexikon (1700-1810)*, Leipzig 1812, vol. 2, donde se puede leer el desplazamiento de *Historie* en favor de historia en los titulares. En todo el proceso detalla R. Kosselack la formación del concepto moderno de la historia en *Geschichtliche Grundbegriffe*, Stuttgart, 1975, vol. 2, pág. 647 sigs.

33. A este respecto, Johannes Hennig: «Die Geschichte des Wortes "Geschichte"», en *Dt. Vjschr. f. Lit.wiss. u. Geistesgesch.* 1938, XVI, pág. 511 sigs. y Heinz Rupp y Oskar Köhler: «Historia-Geschichte», en *Saeculum*, vol. 2, 1951, pág. 627 sigs.

34. J. G. Droysen: *Historik*, comp. por R. Hübner, Munich-Berlin, 1943, pág. 325 (impresión del manuscrito de 1858), pág. 357 (párr. 83).

si acaso, en procurar a los propios sucesos la carga probatoria para la enseñanza histórica. Como escribió en 1811, insiste en que *sea la propia historia la que hable realmente ahí... Utilizar sus enseñanzas o desatenderlas queda a cargo de cada uno*.³⁵ La historia adquirió una nueva dimensión que se sustraía a la capacidad de informar del informe y que no se captaba en todos los enunciados sobre ella. Si la historia sólo podía enunciarse a sí misma, pronto se proponía el siguiente paso, que convertía la fórmula en algo completamente superficial, haciendo de ella una cáscara tautológica. *De la historia sólo puede aprenderse historia*, como formuló Radowitz sarcásticamente³⁶ —volviendo contra Hegel su propia expresión—. Esta conclusión verbal no era la única consecuencia que se imponía —no casualmente— desde el lenguaje. Utilizando la duplicidad de sentido de la palabra alemana, un oponente político de nuestro testigo confirió a la antigua fórmula un nuevo sentido inmediato: *La verdadera maestra es la historia misma, no la escrita*.³⁷ Así pues, la historia sólo instru-

35. Heinrich Luden: *Handbuch der Saatsweisheit oder der Politik*, Jena, 1811, VII sigs. La expresión «la historia misma» impide equiparar la locución de Luden con el antiguo *topos* de que el historiador sólo tenía que hacer hablar a los hechos de modo que sólo tenía que actuar como un mero espejo o como un pintor que reproduce la verdad desnuda —un giro que se fue imponiendo desde Luciano y su recepción a través de la traducción latina de W. Pirckheimer (1514) y la traducción alemana de Wieland (1788)—. (Al respecto, Rolf Reichardt: *Historik und Poetik in der deutschen und französischen Aufklärung*, Heidelberg, 1966.) Esta autocomprensión del historiador queda comprometida con aquella ingenua teoría del conocimiento según la cual se puede y se debe imitar los hechos históricos en el relato. Véase J. L. v. Mosheim: la historia «debe pintar, pero sin colores. Esto quiere decir que debe adornar lo menos posible con alegorías, con imágenes, con expresiones figuradas los hechos y las personas que representa. Si es que puedo hablar así, todo ha de ser enseñado y expuesto en el estado de naturaleza» (*Versuch einer unpartheyischen und gründlichen Ketzergeschichte*, 2a. edic., Gottinga, 1748, pág. 42 sig.). Möser tiende aquí el puente hacia Luden, exigiendo en el prólogo a su *Osnabrückischen Geschichte* (1768, comp. por Abeken, Berlin, 1843, I, VII) «que en la historia, al igual que en una pintura, hablen sólo los hechos, debiendo quedar las impresiones, consideraciones y juicios para los propios espectadores».

36. Radowitz: *Ausg. Schr.* II, pág. 394, Regensburg, s.a.

37. Gustav von Mevissen, en el año 1837, dirigido también contra Hegel (*Ein rheinisches Lebensbild* de J. Hansen, Berlin, 1906, I, pág. 133). Una forma previa de esta crítica se encuentra en Lichtenberg (*Ges. Werke*, Francfort, 1949, I, pág. 279): «Que la historia es una maestra de la vida es una frase que, sin duda, han repetido muchos maquinalemente sin investigarla. Investiguemos por una vez de dónde han sacado su entendimiento los hombres que han progresado mediante su comprensión. Lo han ido a buscar en los hechos mismos, en los acontecimientos, pero no allí donde se cuentan». Claro que Lichtenberg encuentra el camino para volver de nuevo al antiguo *topos* de que los grandes hombres deberían escribir sus propias historias, mientras Mevissen, consecuentemente, tiene esto por inútil, pero formula en su lugar nueva tarea de «escribir la historia de la reflexión de la historia».

ye renunciando a la *Historie*. Las tres variantes jalonaron un nuevo espacio de experiencia en el que la antigua *Historie* tuvo que renunciar a su pretensión de ser *magistra vitae*. La perdió, sobreviviendo a sí misma, en la «historia».

Esto nos conduce a un segundo punto de vista. De repente, hemos hablado de la historia, de la «historia misma», en un singular de difícil significación sin un sujeto ni un objeto coordinados. Esta locución única, completamente usual para nosotros, procede también de la segunda mitad del siglo XVIII. En la medida en que la expresión «historia» se imponía a la de *Historie*, la «historia» adquirió otro carácter. Para apostrofar el nuevo significado se habló de historia en y para sí, de la historia en absoluto, de la historia misma —simplemente de la historia—. Droysen resumió este proceso diciendo: *Por encima de las historias está la historia*.³⁸

Esta concentración lingüística en un concepto, llevada a cabo desde 1770 aproximadamente, no puede infravalorarse en absoluto. En la época siguiente, desde los acontecimientos de la Revolución Francesa, la historia misma se convirtió en un sujeto provisto de los epítetos divinos de omnipotencia, justicia suprema o santidad. El *trabajo de la historia*, usando palabras de Hegel, se convierte en un agente que domina a los hombres y destruye su identidad natural. También aquí, el idioma alemán había preparado el trabajo. La abundancia de significado y la novedad en aquel momento de la palabra «historia» se basan en que se trata de un singular colectivo. Hasta mediados del siglo XVIII la expresión «la historia» regía, por lo común, el plural. Por mencionar un ejemplo típico del año 1748: *Las historias son* —se dice en el *Diccionario Universal de las Artes y las Ciencias* de Jablonski—,³⁹ *un espejo de las virtudes y los vicios, en las que se puede aprender por la experiencia de otros qué hay que hacer u omitir; son un monumento tanto a los actos malvados como a los loables*. Hemos escuchado la definición convencional y esto es lo característico: que está ligada a una pluralidad de historias individuales aditivas, así como Bodin, en su método para el mejor conocimiento de las historias, escribió *historiarum*, en plural.

Así pues, en el ámbito de la lengua alemana estaban, en primer lugar, la historia y las historias —de las formas singulares «das Geschichte» y «die Geschichte»—,⁴⁰ formas plurales que remitirían a una

38. Droysen: *Historik*, Munich-Berlín, 1943, pág. 354.

39. Königsberg-Leipzig, 2.^a edic., div. 386.

40. Benecke-Müller-Zarncke: *Mittelhochdeutsches Wörterbuch*, Leipzig, 1866, II, 2, págs. 115 sigs.

cantidad correspondiente de ejemplos individuales. Es interesante perseguir cómo se ha condensado la forma plural de «la historia» en un singular colectivo, de forma inapreciable e inconsciente, y, finalmente, con la ayuda de numerosas reflexiones teóricas. Adelung lo hizo constar lexicalmente en 1775, anticipándose al desarrollo en ciernes.⁴¹ Ya tres años después, censuraba un crítico en la *Allgemeinen deutschen Bibliothek*⁴² lo ampliamente que se había generalizado la nueva expresión «historia», carente de cualquier significado narrativo y ejemplar: *La palabra de moda «historia» es un verdadero uso impropio de la lengua, porque en la obra* (de Flögel) *sólo aparecen narraciones como máximo en los ejemplos*.

Esta historia, realizada en cierto modo, que deja tras de sí toda ejemplaridad repetible fue —y no el de menor importancia— el resultado de una determinación desplazada del límite entre histórica y poética. A la narración histórica se le exigió progresivamente la unidad épica, determinada por el principio y el fin.⁴³

Los hechos pasados sólo podrían traducirse a la realidad histórica en el paso de la conciencia. Éste fue el resultado de la lucha por el pirronismo.⁴⁴ Como dijo Chladenius, la historia sólo podría repro-

41. En el *Universallexikon* de Zedler aún falta la voz historia [*Geschichte*]. Adelung, que registró el desplazamiento de la *Historie* en favor de la historia para favorecerlo, escribe entre otras cosas: «La historia [*Geschichte*], plur. para nom. sing....». En la significación habitual, la historia constituye una «cierta totalidad» y es verdadera, es decir, no inventada. «La historia de este hombre es muy curiosa, es decir, todo lo que le ocurrió, los acontecimientos. Entendiéndolo así precisamente, se emplea colectivamente y sin plural, de diversos acontecimientos de una clase.» (*Versuch eines vollständigen Grammatisch-kritischen Wörterbuches der Hochdeutschen Mundart*, Leipzig, 1775, II, págs. 600 sigs.).

42. Comp. por F. Nicolai, Berlín-Stettin, 1778, vol. 34, pág. 473. Recensión anónima de C.F. Flögel: *Geschichte des menschlichen Verstandes*, Breslau, 1776, 3.^a edic.

43. Fénélon: «La principale perfection de l'histoire consiste dans l'ordre et dans l'arrangement. Pour parvenir à ce bel ordre, l'historien doit embrasser et posséder toute son histoire; il doit la voir tout entière comme d'une seule vue... Il faut en montrer l'unité». *Oeuvres compl.*, París, 1850, III, pág. 639 sigs. *Projet d'un traité sur l'histoire*, 1714. Gracias a la amable referencia de Hans R. Jauss, véase su «Literarische Tradition und Gegenwärtige Bewusstsein der Modernität», en *Aspekte der Modernität*, Gottinga, 1975, p. 173. Para Alemania, véase Justus Möser, que en 1780 proyectó un plan para la historia del imperio alemán desde 1495, en sus *Patr. Phantasien*, Hamburgo, 1954, IV, pág. 130 sigs.: habría que darle el «desarrollo y la fuerza de la epopeya. Pero mientras no alcancemos la unidad... en el plan de nuestra historia se parecerá a una serpiente que se arrastra, fustigada en cien trozos cada parte de su cuerpo y unida una a otra con un trocito de piel». Una historia [*Historie*] completa del imperio sólo podría consistir en la «historia natural (de su) unificación».

44. Para esto, Meta Scheele: *Wissen und Glauben in der Geschichtswissenschaft* (Betr. z. Phil. H. 13), Heidelberg, 1930.

ducirse en *cuadros rejuvenecidos*.⁴⁵ En la medida en la que se exigía de la *Historie* un mayor arte expositivo de cómo investigar los motivos ocultos —en vez de las series cronológicas— debía construir una estructura pragmática para dotar a los sucesos casuales de un orden interno; y en esa medida operaban las exigencias de la poética en la *Historie*. A la *Historie* se le pidió mayor contenido de realidad mucho antes de poder satisfacer esa pretensión. Además, siguió siendo aún una colección de ejemplos de la moral; pero al desvalorizarse este papel, se desplazó su valoración de las *res factae* frente a las *res fictae*. Es una buena forma de mediar la propagación de una nueva conciencia histórica de la realidad el que, a la inversa, se tuvieran que poner en circulación narraciones y novelas como «histoire véritable», como «historia verdadera». ⁴⁶ Así, participaron en una pretensión de verdad incrementada de la historia real, en un contenido de verdad que fue detentado una y otra vez por la *Historie* desde Aristóteles hasta Lessing.⁴⁷ De este modo, se entrecruzaban las pretensiones de la histórica y la poética, influyéndose mutuamente para sacar a la luz el sentido inmanente de la «historia».

Leibniz, que aún entendía la historia y la poesía como artes instructivas morales, podía interpretar la historia del género humano como una novela de Dios cuyo inicio estaba contenido en la crea-

45. J. M. Chladenius: *Einleitung zur richtigen Auslegung vernünftiger Reden und Schriften*, Leipzig, 1742. Chladenius distingue ya una *Geschichte* en sí, que no se puede conocer por entero, y su representación: de esta discrepancia se derivaban los puntos de vista (párr. 309), la necesidad de la interpretación (párr. 316) y de la exposición de la historia en cuadros rejuvenecidos (párr. 353). Véase ibíd.: *Allgemeine Geschichtswissenschaft*, Leipzig, 1752.

46. Véase P. S. Jones: *A list from French prose fiction from 1700 to 1750*, Diss. Columbia Univ. Nueva York, 1939, gracias a la cordial referencia de H. Dieckmann y Herbert Singer: *Der deutsche Roman zwischen Barok und Rokoko*, Colonia y Graz, 1963, cuyo índice de fuentes para la época entre 1690 y 1750 indica muchas más «historias» que «novelas». Para todo, Werner Krauss: *Studien zur deutschen und französischen Aufklärung*, Berlín 1963, pág. 176 passim y H. R. Jauss: *Ästhetische Normen und geschichtliche Reflexion in der «Querelle des Anciens et des Modernes»* (= *Einl. zur Parallele des Anc. des Mod.* de Perrault, reimpres. Munich, 1964).

47. Aristóteles: *De Arte Poetica*, comp. edit. I. Bywater, cap. 9, 1451 b Oxford, 1958. Para Lessing véase *Über den Beweis des Geistes und der Kraft*, edit. v. Rilla, Berlín, 1958, vol.8, pág. 12, o también *Hamburgische Dramaturgie*, párr. 19 (3 de julio de 1767). La clasificación tradicional de la ciencia histórica no detuvo a Lessing —como tampoco a los enciclopedistas— a la hora de abrir nuevos caminos desde la filosofía de la historia, aun cuando no empleó para ello el concepto «historia» en *Die Erziehung des Menschengeschlechtes*. Véase también Hans Blumenberg: *Paradigmen zu einer Metaphorologie*, Bonn, 1960, pág. 105.

ción.⁴⁸ Kant hizo suyas estas ideas cuando tomó metafóricamente la «novela» para hacer resaltar la unidad natural de la historia universal. En un tiempo en el que la *Historie* universal, que contenía una suma de historias singulares, se transformó en la «historia universal», Kant buscó el hilo conductor que pudiera convertir el «agregado» exento de planificación de las acciones humanas en un «sistema» racional.⁴⁹ Es claro que el singular colectivo de la historia permitía expresar tales ideas, sin perjuicio de que se tratara de una historia universal o de una historia individual. De este modo, Niebuhr publicó sus lecciones sobre la historia de la época de la Revolución francesa bajo este nombre, porque sólo la revolución le había dado *al todo, la unidad épica*.⁵⁰ Concebir la historia sobre todo como sistema posibilita una unidad épica que deja al descubierto y funda la conexión interna.

Humboldt resolvió finalmente la disputa secular entre la histórica y la poética derivando el carácter propio de la «historia en general» desde su estructura formal. Introdujo, siguiendo a Herder, las categorías de fuerza y dirección que se escapan siempre a sus datos previos. De este modo, negó todo carácter modélico del contenido añadido ingenuamente a los ejemplos del pasado y sacó la siguiente conclusión general al escribir la historia de cualquier temática: *El historiador que sea digno de este nombre debe exponer cada acontecimiento como parte de un todo, o, lo que es lo mismo, debe exponer en cada acontecimiento la forma de la historia en general*.⁵¹ Con esto le dio una nueva interpretación al baremo de la exposición épica y lo tradujo a una categoría de lo histórico.

El singular colectivo aún posibilitó un paso ulterior. Permitió que la historia adjudicara a aquellos sucesos y sufrimientos humanos una

48. G. W. Leibniz: *Theodizee*, parte 2, págs. 148 y 149, comp. C. J. Gerhardt, Leipzig, 1932, 6, 198.

49. Kant: *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*, novena parte, 1784 (comp. por W. Weischedel, Darmstadt, 1964, VI, pág. 47). Antítesis recibida de Köster en su *Art. Historie in der Teutschen Encyclopädie...*, Francfort, 1790, vol. 15, pág. 652, que fue formulada en primer lugar por la escuela de Gottinga.

50. B. G. Niebuhr: *Geschichte des Zeitalters der Revolution*, Hamburgo, 1845, pág. 41.

51. Wilhelm von Humboldt: «Über die Aufgabe der Gschichtsschreiber» (1821), *Werke*, Darmstadt, 1960, I, pág. 590 (= *Ges. Schr.* IV, pág. 41): «Los ejemplos particulares no sirven (para la historia) ni por lo que va a ocurrir ni por lo que hay que evitar, pues con frecuencia conducen al error y raramente instruyen. Su utilidad verdadera e inmensurable es revivir y clarificar el sentido para el tratamiento de la realidad, más por la forma en la que se relacionan los acontecimientos que por ellos mismos».

fuerza inmanente que lo interconectaba todo y lo impulsaba según un plan oculto o patente, una fuerza frente a la que uno se podía saber responsable o en cuyo nombre se creía poder actuar. Este suceso histórico-lingüístico tuvo lugar en un contexto epocal. Era el gran momento de las singularizaciones, de las simplificaciones que se dirigían social y políticamente contra la sociedad estamental: de las libertades se hizo la libertad, de las justicias, la justicia única, de los progresos (*les progrès*, en plural), el progreso, de la multiplicidad de revoluciones, *La Révolution*. Y respecto a Francia se puede añadir que la posición central que desempeñó en el pensamiento occidental la gran revolución en su unicidad la recibió la historia en el ámbito lingüístico alemán.

Fue la Revolución Francesa la que hizo evidente el concepto de historia de la escuela histórica alemana. Ambas pulverizaron la ejemplaridad del pasado, aunque aparentemente la aceptaban. Johannes von Müller escribió en 1796, siguiendo aún el modo de enseñanza de sus maestros: *No se encuentra en la historia lo que hay que hacer en casos particulares (las circunstancias lo cambian todo, finalmente) sino el resultado general de los tiempos y las naciones*. Todo tiene su tiempo y su lugar en el mundo, y se deberían cumplir con acierto las tareas que el destino ordena.⁵²

El joven Ranke reflexionó sobre el desplazamiento del significado que pudo subsumir una relación dinámica universal en su unicidad correspondiente, bajo el concepto unitario de historia. En 1824 escribió *Geschichten der romanischen und germanischen Völker* y añadió expresamente que él consideraba *sólo historias [Geschichten], no la historia [die Geschichte]*. Pero la historia, en su correspondiente unicidad, siguió siendo incuestionable para él. Si el suceder se transforma en conflicto y resultado de fuerzas únicas y genuinas, está fuera de lugar la aplicabilidad inmediata de modelos históricos a la situación propia. Como Ranke prosiguió entonces: *Se le ha atribuido a la Historie la misión de juzgar el pasado, de instruir al mundo para el aprovechamiento de los años futuros: el presente ensayo no empen-*

52. Johannes von Müller: *Vier und zwanzig Bücher allgemeiner Geschichten besonders der europäischen Menschheit*, Stuttgart y Tübinga, 1830, VI, pág. 351. Un paso parecido desarrolla E.M. Arendt desde el modo de enseñanza pragmático al cumplimiento histórico del destino: «Es poca la enseñanza que tomamos del pasado como individuos, cuando podríamos tomar mucha más, pero... está ordenado así sabiamente. Sólo en el sentido del todo se aspira a lograr el futuro desde el pasado; teorías, reglas, ejemplos, significan poco aisladamente, pues cada época pasa con su propio espíritu sin detenerse», *Der Bauerstand —politisch betrachtet*, Berlín, 1810, pág. 109.

de tan altas misiones: sólo quiere mostrar cómo ha sido realmente.⁵³ Ranke se refería cada vez más al pretérito y cuando salía transitoriamente de esa referencia como redactor de la revista histórico-política, reafirmó el antiguo *topos* de la *Historia magistra vitae*.⁵⁴ A pesar de su visible fracaso, parecía desautorizar históricamente el retorno al antiguo *topos*.

No fue sólo por la perspectiva histórica mundial por lo que —en todas las tradiciones de nuestra locución, sobre todo en las historiografías fundadas en el derecho natural—⁵⁵ se renunció a la aplicación práctica inmediata de su enseñanza. Más bien, tras la relativización de todos los sucesos que la *historia magistra* ha consumido, se ocultaba una experiencia universal de la que participaban también los que se oponían a los progresistas.

Esto nos conduce a un tercer punto de vista. No es por casualidad que en el mismo decenio en el que comenzó a imponerse el singular colectivo de la historia, entre 1760 y 1780, surgiera también el concepto de una filosofía de la historia.⁵⁶ Es la época en la que proliferaron las historias conjeturales, las hipotéticas o supuestas. Iselein en 1764, Herder en 1774, Köster en 1775, iban a la zaga histórico-lingüísticamente de los autores occidentales, preparando la filosofía de la historia para los investigadores de la historia.⁵⁷ Los aceptaron objetivamente o modificaron sus cuestionamientos, pero era común a todos que echaran abajo el carácter modélico de los suce-

53. *Sämtliche Werke*, Leipzig, 1874, 2.^a edic., vol. 33, VI sig.

54. *Historisch-politische Zeitschrift*, Hamburgo, 1832, I, pág. 375: «Con demasiada frecuencia abrigamos en los tiempos actuales la esperanza de que nuestras circunstancias sean nuevas y no hayan existido nunca. En nuestros días tomamos gustosamente lo que nuestros vecinos consideran bueno; raramente nos acordamos de las enseñanzas que nos proporcionan los siglos pasados... Dios no se ha hecho inde demostrable para nosotros... El libro de la historia está abierto; podemos saber por qué las naciones se hacen grandes, por qué se arruinan; tenemos los ejemplos concurrentes del pasado más remoto y del recuerdo más reciente».

55. Véase, por ejemplo, Karl von Rotteck: *Allgemeine Weltgeschichte*, Braunschweig (20.^a edic.) y Nueva York (1.^a edic.) 1848, I, pág. 42 sigs., párr. 70 sigs.: «Nutzen der Geschichte».

56. Voltaire: *Philosophie de l'Histoire*, Amsterdam, 1765, pseudónimo Abbé Bazin; comp. crit. de J. H. Brumfitt, Ginebra, 1963 = *Studies on Voltaire and the 18th Cent.*, vol. 28, comp. por Th. Bestermann; en 1767 Gatterer hizo una recensión en *Allgem. Hist. Bibl.*, Halle, I, pág. 218; al año siguiente fue traducida y provista de un comentario teológico por J. J. Harder: *Die Philosophie der Geschichte des verstorbenen Abtes Bazin...*, Leipzig, 1768.

57. Al respecto, R. V. Sampson: *Progress in the Age of Reason*, Londres, 1956, pág. 70 sigs. y H. M. G. Köster: *Über die Philosophie der Historie*, Giessen, 1775.

sos pasados para, en su lugar, tratar de rastrear la unicidad de los decursos históricos y la posibilidad de su progreso. Histórico-lingüísticamente es uno y el mismo suceso el que se formará la historia en el sentido que es usual para nosotros y el que surgiera una filosofía de la historia referida a aquélla. Quien utilice la expresión filosofía de la historia deberá observar, escribe Köster, *que no es una ciencia especial y auténtica, como se podría creer fácilmente a primera vista. Pues, en la medida en que se considera toda una parte de la historia o toda una ciencia histórica, ya no es otra cosa que la Historie en sí misma*.⁵⁸ La historia y la filosofía de la historia son conceptos complementarios, que hacen imposible emprender un filosofar de la historia; concepción que desapareció por completo en el siglo XIX.⁵⁹

La uniformidad y repetibilidad potenciales de las historias vin-

58. H. M. G. Köster: (= sigla I), *Art. Historie, Philosophie der Historie in der Deutschen Enzyklopädie*, Frankfurt, 1790, vol. 15, pág. 666. Aún en 1838 escribió Julius Schaller en los *Hallischer Jahrbüchern*, n.º 81, pág. 641: «La historia como exposición de lo sucedido es, en su perfección, al mismo tiempo y necesariamente filosofía de la historia».

59. Como siempre, las interpretaciones teológico-cristianas de los sucesos terrenos fueron asignadas a una categoría determinada en la genealogía del concepto moderno de historia —la historia de la salvación presupone, ya como concepto, el desmoronamiento de la historia sacra y de la historia profana, así como la independización de la «historia en sí»—. Thomas Wizenmann aceptó conscientemente toda la plenitud significativa del concepto moderno de *Geschichte* cuando concibió la *Historia de Jesús* con el subtítulo *Sobre la filosofía y la historia de la revelación* (Leipzig, 1789): «Por fin ha llegado el tiempo en el que se comienza a considerar la historia de Jesús no como mero libro de sentencias para la dogmática, sino como gran historia de la humanidad» (pág. 67). Y observa: «Me gustaría más confirmar la filosofía desde la historia, que la historia desde la filosofía. La historia es la fuente desde la que todo debe ser creado» (55).

Bengel, su maestro espiritual, aún no se podía servir (como tampoco Lessing) del concepto moderno de historia cuando interpretó la consecuencia de las exégesis del Apocalipsis, que hasta ahora eran erróneas, como un proceso creciente de descubrimiento y toma de conciencia, en el que la «historia» fáctica y la espiritual convergían en sus profecías últimas y, por tanto, definitivamente verdaderas (*Erklärte Offenbarung Johannis*, 1740, bajo la dirección de Burk, Stuttgart, 1834). Así se había puesto un modelo teológico de la fenomenología del espíritu, lo que indujo a Kant, en *Streit der Fakultäten*, a hacer notar: «Que sea un deber la fe en la historia y que pertenezca a la felicidad es superstición». Principalmente después del desarrollo completo de la filosofía de la historia idealista, pudo acuñar en los años cuarenta J.Cr.K. von Hofmann el concepto contrario inevitablemente parcial de historia de la salvación. Véase G. Weth: «Die Heilsgeschichte», *FGLP* IV, 2, 1931 y Ernst Benz: «Verheissung und Erfüllung, über die theologischen Grundlagen des deutschen Geschichtsbewusstseins», en *ZKiG*, 54, 1935, pág. 484 sigs.

culadas a la naturaleza se remitieron al pasado, y la historia misma quedó desnaturalizada en tal medida que desde entonces ya no se puede filosofar sobre la naturaleza del mismo modo que hasta ahora. Desde entonces la naturaleza y la historia se separan conceptualmente y la prueba de ello consiste en que precisamente en estas décadas la antigua sección de la *historia naturalis* fue expulsada de la estructura de las ciencias históricas —así lo hizo Voltaire en la *Encyclopédie* y, entre nosotros, Adelung.⁶⁰

Detrás de esta separación aparentemente sólo histórico-científica y preparada por Vico, se nota decisivamente el descubrimiento de un tiempo específicamente histórico. Si se quiere, se trata de una temporalización de la historia que se diferencia de la cronología vinculada a la naturaleza. Hasta el siglo XVIII, la prosecución y el cómputo de los sucesos históricos estaban garantizados por dos categorías naturales del tiempo: el curso de los astros y el orden de sucesión de soberanos y dinastías. Pero Kant, al desestimar toda interpretación de la historia desde datos astronómicos fijos, y al rechazar el principio de sucesión como contrario a la razón, renuncia también a la cronología habitual como hilo conductor analítico y teñido teológicamente. *Como si no tuviera que juzgarse la cronología según la historia sino, a la inversa, la historia según la cronología*.⁶¹

El descubrimiento de un tiempo determinado sólo por la historia fue la obra de la filosofía de la historia de la época mucho antes de que el historismo usara este conocimiento. El sustrato natural se fue perdiendo y el progreso fue la primera categoría en la que se abolió una determinación del tiempo transnatural e inmanente a la historia. La filosofía, en tanto que transponía la historia al progreso, de una forma singular y concibiéndola como un todo unitario, privó inevitablemente de sentido a nuestro *topos*. Si la historia se convierte en la única manifestación de la educación del género humano, en-

60. Voltaire: «Art. Histoire», en *Encycl.* Lausanna y Berna 1781, 17, 555 sigs.: «Histoire naturelle, improprement dite histoire, et qui est une partie essentielle de la physique». Adelung: «(La expresión "historia") se usa en una comprensión muy impropia en las palabras historia de la naturaleza», en *Versuch eines vollst... Wörterbuches...*, II, pág. 601. Para la historización del concepto de naturaleza véase la *Allgemeine Naturgeschichte* de Kant de 1755, y su advertencia histórico-lingüística en la *Krit. d. Urteilskraft*, párr. 82 (V 549). Además Lorenz Oken: *Über den Wert der Naturgeschichte besonders für die Bildung der Deutschen*, Jena, 1810. Sobre la afirmación de Marx de que la historia es «la verdadera historia natural del hombre» véase Karl Löwith: *Vom sinn der Geschichte, in Sinn der Geschichte*, Munich, 1961, pág. 43.

61. Kant: *Anthropologie* (1798), comp. de Weischedel, VI, pág. 503.

tonces naturalmente pierde fuerza todo ejemplo del pasado. La enseñanza aislada se pierde en la manifestación pedagógica global. La astucia de la razón prohíbe que el hombre aprenda directamente de la historia, lo constriñe indirectamente a su suerte. Ésta es la consecuencia que nos conduce progresivamente de Lessing a Hegel. *Pero lo que la experiencia y la historia enseñan es esto: que pueblos y gobiernos no han aprendido nunca nada de la historia y nunca han actuado después de aprender lo que podían haber concluido de ella.*⁶² O, como cita el abad Rupert Kornmann, contemporáneo experimentado de Hegel: *El destino de los Estados es el mismo que el de las personas particulares; sólo se vuelven inteligentes cuando la oportunidad para serlo ha desaparecido.*⁶³

Detrás de estos dos enunciados no hay sólo una reflexión filosófica sobre la peculiaridad del tiempo histórico sino también, e inmediatamente, la experiencia vehemente de la Revolución francesa, que pareció adelantarse a todas las demás experiencias. Hasta qué punto se basó el nuevo tiempo histórico en estas experiencias se mostró rápidamente cuando la revolución se recrudeció en 1820 en España. Inmediatamente después del recrudecimiento de los disturbios inspiró Goethe al conde Reinhard una consideración que cambió la visión de la perspectiva temporal. *Bien tiene usted razón, mi estimado amigo, en lo que dice acerca de la experiencia. Para los individuos llega siempre demasiado tarde, para los gobiernos y los pueblos no está nunca disponible. Ocurre así porque la experiencia ya hecha se expone unificada en un núcleo y la que aún está por realizar se extiende en minutos, horas, días, años y siglos, por lo que lo similar no parece nunca ser similar, pues en un caso sólo se considera el todo y en el otro una parte aislada.*⁶⁴ El pasado y el futuro no están nunca garantizados, no sólo porque los sucesos que ocurren no se puedan repetir, sino porque incluso cuando pueden hacerlo, como en 1820 con el recrudecimiento de la revolución, la historia que se nos avecina se sustrae a nuestra capacidad de experiencia. Una experiencia clausurada es tan absoluta como pasada, mientras que la futura, aún por realizar, se divide en una infinitud de trayectos temporales diferentes.

62. G. W. F. Hegel: *Die Vernunft in der Geschichte*, edic. de J. Hoffmeister, Hamburgo, 1955, 5.ª edic. 1961.

63. R. Kornmann: *Die Sibylle der Zeit aus der Vorzeit*, Regensburg, 1814, 2.ª edic., vol. 1, p. 84.

64. Goethe y Reinhard: *Briefwechsel*, Frankfurt, 1957, pág. 246.

El tiempo histórico no es el pasado, sino el futuro que hace diferente lo similar. De este modo, Reinhard reveló el carácter procesual de la historia moderna en la temporalidad que le es propia y cuyo final es imposible de prever.

Así llegamos a otra variante de nuestro *topos* que se transforma en la misma dirección. Era corriente escuchar en el contexto de la *historia magistra* que el historiador no sólo tenía que enseñar, sino igualmente dictaminar y con el dictamen también tenía que juzgar. La *Historie* ilustrada asumió esta tarea con un énfasis especial; dicho con las palabras de la *Enciclopedia*, se convirtió en *tribunal intègre et terrible*.⁶⁵ Casi ocultamente, la historiografía que juzgaba desde la antigüedad se convirtió en una *Historie* que ejecuta por ella misma las sentencias. La obra de Raynal, gracias a la ayuda de Diderot, lo testimonia. Desde entonces, el juicio final quedará igualmente temporalizado. *La historia del mundo es el juicio del mundo*. Estas palabras de Schiller, que se difundieron rápidamente desde el año 1784 careciendo de cualquier rastro historiográfico, apuntaban a una justicia inmanente a la propia historia, en la que quedaban conjuradas todas las conductas humanas. *Lo que se desecha del minuto no lo resituye ninguna eternidad.*⁶⁶

Las expresiones que se propagaron en el periodismo acerca del tiempo que castiga⁶⁷ y del espíritu del tiempo al que hay que doblegarse recordaban invariablemente el carácter inevitable con el que se colocaba la Revolución o la historia del hombre ante alternativas obligatorias. Pero la determinación filosófico-histórica, que significa lo mismo que la singularidad temporal de la historia, es sólo una parte a partir de la cual se tomó la posibilidad de la *historia magistra vitae*. Desde una parte aparentemente contraria se presentó un ataque no menos fuerte.

En cuarto lugar, el ilustrado consecuente no toleraba ningún apoyo en el pasado. El objetivo que explicaba la *Enciclopedia* era acabar con el pasado tan rápidamente como fuera posible para que fuera puesto en libertad un nuevo futuro.⁶⁸ Antes se conocían ejemplos,

65. D'Alembert: *Discours Préliminaire de l'Encyclopédie* (1751), bajo la dirección de E. Köhler, Hamburgo, 1955, pág. 62.

66. Friedrich Schiller: «Resignation», *S. W.*, edic. de Goedeke, Stuttgart 1877, I, pág. 46.

67. Theodor von Schön: «Si no se toma el tiempo como lo que es, sacando de él lo bueno y lo que estimula su desarrollo, entonces el tiempo castiga», de «Woher und Wohin», 1840 (*Aus den Papieren des Ministers... Th. v. Schön*, Halle, 1875 sigs., III, pág. 239).

68. Diderot: *Art. Encyclopédie*, Enc. Laussana y Berna, 1781, vol. 12, pág. 340 sigs.

decía Diderot, ahora sólo reglas. *Juzgar lo que sucede por lo que ya ha sucedido*, proseguía Sieyès,⁶⁹ *quiere decir, a mi parecer, juzgar lo conocido por lo desconocido*. No se debiera perder el ánimo ni buscar nada en la historia que nos pudiera convenir.⁷⁰ Y en seguida indicaron los revolucionarios en un *Dictionnaire* que no se escribiera ninguna historia hasta que la constitución estuviera terminada.⁷¹ Después todo tendría otro aspecto. La realización de la historia entronizaba la antigua *Historie*, pues en un Estado como el nuestro, fundado sobre la victoria, no hay pasado. Es una creación, en la que, como en la creación del mundo, todo existe sólo como materia prima en la mano del creador, y perfeccionada en ella pasa a la existencia, —así afirmó categóricamente un sátrapa de Napoleón—.⁷² Con esto se cumplía lo que había previsto Kant, cuando preguntaba provocativamente: *¿Cómo es posible la historia a priori?* Respuesta: cuando el adivino efectúa y organiza los acontecimientos que ha anunciado por adelantado.⁷³ La prepotencia de la historia, que corresponde paradójicamente a su realizabilidad, ofrece dos aspectos del mismo fenómeno. Porque el futuro de la historia moderna se abre a lo desconocido, se hace planificable —y tiene que ser planificado—. Y con cada nuevo plan se introduce una nueva inexperiencia. La arbitrariedad de la «historia» crece con su realizabilidad. La una se basa en la otra y viceversa. Es común a ambas la descomposición del espacio de experiencia que sobreviene, que, hasta ahora, parecía, determinado desde el pasado pero que ahora es atravesado por él.

69. Sieyès: *Was ist der dritte Stand?*, Berlín, 1924, pág. 13 (Reflexion aus dem Nachlass).

70. Macaulay manifestó posteriormente que en Francia, donde el «abismo de una gran revolución había separado el nuevo sistema del antiguo», se podía conducir la *Historie* antes de 1789 sobriamente y sin prejuicios. «Pero donde la historia se consideraba un archivo de documentos de los que dependen los derechos de los gobiernos y de los pueblos, entonces el impulso a la falsificación se hace casi irresistible.» En Inglaterra aún seguían siendo válidos los procedimientos de la Edad Media. Con frecuencia no se llegaba en el parlamento a una decisión «hasta que se recopilaban y ordenaban los ejemplos que se encontraban en los anales desde los tiempos más remotos» (*Die Geschichte Englands seit dem Regierungsantritt Jakobs II.*, trad. alem. de F. Bülow, Leipzig, 1849, I, pág. 23). «Mediante la revolución los franceses se liberaron de su historia» anotó K. Rosenkranz en 1834 (*Aus einem Tagebuch*, Leipzig, 1854, pág. 199, cit. por H. Lübke, *Arch. f. Phil.* 10/3-4, pág. 203).

71. *Nouveau dic historique*, 1791, Art. Histoire.

72. Malchus, consejero de Estado del reino de Westfalia, el 14-VII-1808 (F. Timme: *Die inneren Zustände des Kurfürstentums Hannover 1806-1813*, Hannover, 1893, II, pág. 510).

73. Kant: *Der Streit der Fakultäten*, 2.ª secc. 2 (VI, pág. 351). Véase más adelante pág. 267.

Un acontecimiento derivado de esta revolución histórica fue que, en adelante, también la escritura de la historia se hizo menos falsificable que manipulable. Cuando se inició la Restauración se prohibió, por decreto en 1818, toda enseñanza de la historia relativa al tiempo entre 1789 y 1815.⁷⁴ Precisamente porque negaba la revolución y sus logros parecía inclinarse tácitamente hacia la opinión de que la repetición de lo antiguo ya no era posible. Pero en vano intentó superar la amnistia mediante una amnesia.

Tras todo lo que hasta aquí se ha presentado: tras la singularización de la historia, tras su temporalización, tras su prepotencia inevitable y tras su productividad, se anunció un cambio de experiencia que domina nuestra modernidad. Por ello la *Historie* perdió su finalidad de influir inmediatamente en la vida. La experiencia pareció enseñar, más bien, lo contrario. Para este estado de cosas nombres, resumiendo, al modesto e inteligente Perthes que en 1823 escribió: *Si cada partido tuviese que gobernar y ordenar instituciones por turno, todos los partidos se harían más equitativos y más inteligentes gracias a la historia elaborada por ellos mismos. La historia elaborada por otros, por mucho que se escriba y se estudie, rara vez proporciona equidad y sabiduría política: eso lo enseña la experiencia.*⁷⁵ Con esta constatación, se ha realizado, en el ámbito de posibilidades de expresión de nuestro *topos*, su completa inversión. Ya no se puede esperar consejo del pasado, sólo del futuro a crear por sí mismo. La frase de Perthes era moderna porque despedía a la vieja *Historie* y él ayudó a ello como editor. Que ya no se pueda sacar ninguna utilidad de la *Historie* que instruye ejemplarmente era un punto en el que coincidían los historiadores, reconstruyendo críticamente el pasado, y los progresistas, proponiendo conscientemente nuevos modelos en la cúspide del movimiento.

Y esto nos conduce a nuestro último punto de vista que contiene una pregunta. ¿En qué consistió la comunidad de la nueva experiencia que hasta ahora era determinada por la temporalización de la historia en su unicidad correspondiente? Cuando Niebuhr en 1829 anunció sus conferencias sobre los cuarenta años transcurridos, vaciló

74. Véase H. Taine: *Die Entstehung des modernen Frankreich*, trad. alem. de L. Katscher, Leipzig 1893, III/2, pág. 222.

Además J.G. Droysen (sobre el principio monárquico de 1843): «Las órdenes supremas establecen que ha sucedido aquello para lo que la historia debe servir», en *Das Zeitalter der Freiheitskriege*, Berlín, 1917, pág. 256.

75. Cl. Th. Perthes: *Friedrich Perthes' Leben*, Gotha, 1872, 6.ª edic., III, pág. 271 (entre 1822 y 1825).

en llamarlas «historia de la Revolución francesa» pues, como él decía, *la Revolución misma es nuevamente un producto del tiempo... nos falta, desde luego, una palabra para el tiempo en general y con esta carencia podríamos llamarlo la Era de la Revolución*.⁷⁶ Detrás de esta insuficiencia está el conocimiento que permitió que surgiera un tiempo genuino de la historia como algo en sí diferenciado y diferenciable. Pero la experiencia que necesita diferenciar el tiempo en sí es la experiencia de la aceleración y la dilación.

La aceleración, primeramente una expectativa apocalíptica de los períodos que se van acortando antes de la llegada del Juicio Final,⁷⁷ se transforma —igualmente desde mediados del siglo XVIII— en un concepto histórico de esperanza.⁷⁸ Esta anticipación subjetiva del futuro, deseado y por ello acelerado, recibió por la tecnificación y la Revolución francesa un núcleo de realidad inesperado y duro. En 1797, Chateaubriand proyectó como emigrante un paralelismo entre las antiguas y las nuevas revoluciones, para deducir, a la manera tradicional, el futuro desde el pasado. Pero pronto tuvo que constatar que lo que había escrito de día ya había sido superado de noche por los acontecimientos. Le pareció que la Revolución francesa conducía a un futuro abierto sin ejemplos. De esta manera, Chateaubriand, colocándose a sí mismo en una relación histórica, editó treinta años más tarde su ensayo revisado —sin modificarlo, pero provisto de notas en las que hacía pronósticos progresistas de constitución.⁷⁹

Desde 1789 se formó un nuevo espacio de expectativas con puntos de fuga perspectivistas que remitían, a la vez, a las diferentes

76. B. G. Niebuhr: *Geschichte des Zeitalters der Revolution*, Hamburgo, 1845, pág. 41.

77. Véase Lutero: «Tischrede vom Sept./Nov. 1532» (W.A. *Tischreden*, Weimar, 1913, II, pág. 636 sig., 2756 b); Según Melancthon aún le quedan al mundo 400 años. «Sed Deus abbreviabit dies propter electos; el mundo se apresura quia per hoc decenium fere novum saeculum fuit». A este respecto, también mi tratado: *Gibt es eine Beschleunigung in der Geschichte?*, en el ciclo de Conferencias del Rin, Westf. Ak. d. Wiss.

78. Véase Lessing, 1780: *Die Erziehung des Menschengeschlechts*, párr. 90; véase antes pág. 34. Robespierre («Sur la Constitution», 10-V-1793): «Le temps est arrivé de le rappeler à ses véritables destinées; les progrès de la raison humaine ont préparé cette grande révolution, et c'est à vous qu'est spécialement imposé le devoir de l'accélérer», en *Oeuvres compl.*, IX, pág. 495. Véase antes pág. 21. Para Kant, la «paz eterna» no es una idea vacía..., porque cabe esperar que se vayan acortando los tiempos en los que suceden tales progresos», en *Zum ewigw. Frieden*, 1796, comp. de Weischedel, VI, pág. 251.

79. Chateaubriand: *Essai historique, politique et moral sur les révolutions anciennes et modernes considérées dans leur rapports avec la révolution française*, bajo la dirección crit. de Louis Louvet, París, 1861, pág. 249. Al respecto, H. R. Jauss, en *Aspekte der Modernität*, Göttingen, 1965, pág. 170.

etapas de la revolución pasada. Kant fue el primero que previó este moderno sistema de experiencia histórica al poner una meta, indeterminada en el tiempo pero final, a las repeticiones de todos los intentos de revolución. *La instrucción por experiencia frecuente* de inicios fracasados perfeccionaría las vías de la revolución.⁸⁰ Desde entonces penetran de nuevo en la vida política las enseñanzas históricas —por cierto, por la puerta trasera de los programas de acción legitimados histórico-filosóficamente—. Como primeros maestros de la aplicación revolucionaria se nombraría a Mazzini, Marx o Proudhon. Según el partido o el lugar, las categorías de aceleración y dilación, evidentes desde la Revolución francesa, modifican en ritmos cambiantes las relaciones entre el pasado y el futuro. Aquí está decidido lo común que engloba al progreso y al historicismo.

Sobre el trasfondo de la aceleración se hace también comprensible por qué al escribir la historia del momento, la «cronística del presente» quedó relegada⁸¹ y por qué la historia de una actualidad crecientemente cambiante llegó a fallar metódicamente.⁸² En un mundo social que cambia vehementemente se desplazan las dimensiones temporales en las que, hasta ahora, la experiencia se desarrolla y se reúne. El historicismo reaccionó ante esto —como la filosofía de la historia del progreso— colocándose en una relación indirecta con la «historia». Por mucho que se concibiera a ésta como ciencia del pasado, la escuela histórica alemana, aprovechando al completo el sentido doble de la palabra «historia», fue capaz de elevar la historia a ciencia de reflexión. El caso particular carece allí de su carácter político-didáctico.⁸³ Pero la historia como totalidad coloca a aquel que se le acerca comprensivamente en una situación de formación que debe influir mediatamente en el futuro. Como señaló Savigny, *la Historie no es una mera colección de ejemplos, sino el único camino para el conocimiento verdadero de nuestras propias circunstancias*.⁸⁴ O como Mommsen pretendía salvar el abismo entre el pasado y el futuro: la historia ya no sería una maestra que proporcionara la habilidad política de recetar; ella es *capaz de enseñar sólo diri-*

80. Kant: *Der Streit der Fakultäten*, 2.^a secc., 7 (VI, pág. 361).

81. Fritz Ernst: «Zeitgeschehen und Geschichtsschreibung», en *WuG*. 1957/3, pág. 137 sigs.

82. Para esto véase la discusión entre Perthes, Rist y Poel respecto a la planificación de la «historia de los Estados europeos» después de 1820, en *Friedrich Perthes' Leben*, véase nota 75, III, pág. 23 sigs. Véase más adelante págs. 199 y 335.

83. Droysen: *Historik*, Munich y Berlín, 1943, pág. 300 sig.

84. *Zeitschr. f. geschichtliche Rechtswissenschaft*, 1815, I, pág. 4.

*giendo y animando la creación autónoma.*⁸⁵ Cualquier ejemplo del pasado, aunque se haya aprendido, llega siempre demasiado tarde. El historismo sólo puede relacionarse indirectamente con la historia.⁸⁶ Con otras palabras: el historismo se separa de una historia que al mismo tiempo suspende la condición de su posibilidad como ciencia histórico-práctica. La crisis del historismo coincide siempre con ello, lo que no le impide tener que sobrevivir en tanto exista la «historia».

Henry Adams fue el primero que intentó aislar metódicamente este dilema. Desarrolló una teoría del movimiento en la que tematizaba simultáneamente el progreso y la *Historie* y los especificaba mediante su pregunta por la estructura histórica del tiempo. Adams formuló una ley de la aceleración, según su propia denominación, en base a la cual las mediciones se modifican constantemente porque, al acelerarse, el futuro acorta de modo continuo el recurso al pasado. La población se incrementa en intervalos cada vez más cortos, las velocidades que se han de producir técnicamente se elevan al cuadrado en comparación con lo que se hacía antes, los aumentos de producción muestran proporciones similares y, por eso, aumentan la efectividad científica y las esperanzas de vida pudiendo abarcar, desde entonces, las tensiones de varias generaciones —de estos y de otros ejemplos parecidos, que se podrían aumentar, Adams extrajo la conclusión de que ninguna teoría era verdadera excepto una: todo lo que le cabe esperar a un profesor de historia no es enseñar cómo hay que actuar sino, a lo sumo, cómo reaccionar: *All the teacher could hope was to teach (the mind) reaction.*⁸⁷

85. Theodor Mommsen: *Römische Geschichte*, Berlín, 1882, 7.^a edic., III, pág. 447 (Libro V, cap. 11).

86. «El arte de la historia pertenece a los ámbitos científicos en los que no se puede construir inmediatamente a través del estudiar y aprender. Por eso, en parte es demasiado fácil, y en parte, demasiado difícil». Theodor Mommsen: «Rektoratsrede in Berlin 1874», *Reden und Aufsätze*, Berlín, 1905, pág. 10.

87. *The education of Henry Adams, An Autobiography*, Boston y Nueva York, 1918, pág. 497.